

A RUBÉN, NO RECUERDO CUANDO LO CONOCÍ...

Edgar Freire

Tengo mala memoria para las fechas. No suelo retener los números. Debe ser el trauma de mis andanzas por la escuela: detesté las cuatro operaciones, y temí, hasta el pavor, a los profesores de matemáticas. Por eso, cuando alguien me inquiriere en qué año, mes o día conocí a determinada persona, surge una neblina en mi cabeza.

En estos días, ante la muerte de Rubén Astudillo y Astudillo, me llaman y me preguntan desde cuándo soy su amigo. «No lo sé, ni me interesa», ha sido mi respuesta. Lo que sí evoco es la palabra «hermano» cuando por primera vez saludamos en la vieja Librería CIMA. Yo andaba recopilando material para hacer un soñado libro *Los libros en mi vida. La historia que nunca se contó* (Círculo de Lectores, Quito, 1995). En esa lista de amigos había puesto su nombre y me urgía conocer sus respuestas a un cuestionario tipo (la editorial apremiaba por la hechura del libro).

Un día llegó el poeta con un sobre en la mano y con un librito escondido en el bolsillo de su saco. Saludamos como si toda la vida nos hubiéramos tratado. El sobre contenía su testimonio personal de los libros que le habían marcado en su vida de ansioso lector. El librito que me entregó era: *Los himnos del crepúsculo* y *El presente tomado*. Por la emoción del encuentro hasta olvidó estampar la infaltable dedicatoria, la misma que le pedí luego porque era una condición sine qua non para hacerlo mío (tonto y viejo rito que acostumbro a pedir a los amigos, desde la primera vez que Jorge Icaza me regaló una firma en *El Chulla Romero y Flores* en la vieja colección Salvat General).

Debo reconocer que nunca había leído un solo verso de Rubén, pero recuerdo que en el mostrador de la librería, ya me habían preguntado por un título medio extraño: *Canción para lobos* y *Las elegías de la carne* (luego supe que eran dos libros diferentes). Lo que más me acuciaba era leer su carta y

nunca olvidaré las primeras líneas: «Cronológicamente hablando, el primero de todos: un arriero que había cambiado su trabajo por el de maestro de escuela. Se llamaba Guillermo Castro. Con él, cursé los primeros cuatro años de primaria, en mi pueblo natal, El Valle, una pequeña parroquia cercana a Cuenca. Don Guillermo había descubierto *Los sábados de mayo* de Miguel Moreno y Honorato Vázquez y *Las leyendas del tiempo heroico* de Manuel J. Calle, con cuya lectura se emocionaba él y nos emocionaba tanto o más aún a nosotros. Si descuento los repasos obligados de *La historia sagrada*, todos los domingos en casa de mi abuelo paterno, creo que fue don Guillermo —el señor Castro, como le llamábamos— la primera persona que me motivó hacia la lectura...». Obviamente, yo le había inquirido sobre quién le incentivó a leer. En ese largo párrafo, descubrí la columna vertebral de su existencia y calidad humana: la amistad y la gratitud. Ya más luego me percataría de sus «alimentos terrestres»: *Así hablaba Zaratustra*, *La montaña mágica*, *Demián*, *El lobo estepario*. Y por supuesto que cuando le inquirí sobre qué personaje le hubiera gustado encarnar y cuál le ha causado mayor impacto, no dudó en contestar: «De ser posible, *Los tres mosqueteros*, unidos en uno solo. Puede ser que no conformen una categoría realmente literaria, pero son de una vitalidad a toda prueba. De ellos el que más me impactó en esa época fue D'Artagnan, ahora es Athos. A otro nivel, me habría gustado ser el Capitán Ahab, por su lucha casi entre épica y mística contra el destino y la fatalidad, contra Dios, el demonio o uno mismo». Cuando, por fin, comencé a leer su poesía, descubrí la coherencia de sus afirmaciones. Razón tuvo y tiene, su amigo Walter Franco, cuando dice que Rubén es: «dionisios y asceta, río caudaloso, torrente primigenio» y, al mismo tiempo «un millón de muertes, setenta veces siete cordilleras de engaño, cuaresmas, muladares, caravanas de sed».

Por sus tareas diplomáticas, fueron algunos años en que no nos vimos, pero nunca faltaba el saludo afectuoso a través de uno de sus hermanos. Un día recibí otro sobre. Contenía una pequeña joya editorial: *Celebración de los instantes*, en español y chino. Lo leí y subrayé: «todo en el mundo vive cien vidas pero solo hay una que vale recordar».

Nunca dejamos que el tiempo menguara la amistad. Entre sus «idas y venidas», visitaba a su amigo Librero. Merodeaba los anaqueles de la librería, pero creo que todo era un sabio pretexto. Su pasión era conversar, saber qué ha pasado con los autores ecuatorianos, qué obras nuevas había... Un día, como un niño curioso, le pregunté algo sobre las geishas. Y fue ahí cuando me prometió conversar largo y tendido, pero saboreando una taza de café.

Fue en noviembre del año pasado cuando me visitó en mi refugio librero. Estaba vital, con ese humor socarrón tan propio de él. Se dio vueltas por los anaqueles de la «Española» y como siempre eligió un buen grupo de libros.

Me habló de un nuevo libro suyo y prometió venir en enero para por fin conversar sobre las geishas y tomarnos el café prometido.

No ha llegado, y recién hoy entiendo cuando expresa: «Por qué viví, largos años muriendo, con la esperanza de que cada instante fuera a ser el último, tengo derecho para escribir este poema, ahora...». ■